

LA REVOLUCION MEXICANA Y EL PROBLEMA UNIVERSITARIO

Por el Lic. MANUEL MORENO SANCHEZ

HEMOS querido dejar en lugar propio la cuestión universitaria, no obstante que forma parte de la política educativa que ha seguido el país durante el régimen revolucionario.

Por mucho tiempo, en nuestra historia nacional, la enseñanza superior quedó reducida a una minoría exclusivista, alejada de las cuestiones populares. No se puede reprochar el alejamiento cuando es el medio de profundizar el estudio y la meditación, pero es francamente reprochable cuando significa hostilidad e incomprensión de los sectores que forman la base del país. Este aislamiento ha sido causa de que muchas veces el grupo aristocrático, poseedor de la cultura en México, fuera el aliado de los regímenes dictatoriales y de explotación nacional. La revolución mexicana ha traído, en la nueva clase universitaria, un cambio profundo de perspectiva.

Durante la Colonia, la Universidad quedaba, como en Europa, bajo la influencia espiritual de la Iglesia. Sus finalidades eran paralelas a las de aquélla; uno de sus objetivos era la difusión de los conocimientos religiosos. Convertida en un centro retrasado, porque se mantenía cerrada a las corrientes nuevas de la cultura moderna, poco a poco se hizo insuficiente para contener la inquietud humana. Ya por los días de la Independencia aparecía como una institución de carácter secundario.

En los principios del siglo XIX se realiza en Europa una renovación de los sistemas universitarios. En Alemania se crean universidades alentadas por un humanismo de tipo vigoroso, y en Francia, se convierten en instituciones nacionales. Entre tanto, por la misma época, en México, la vieja Universidad agonizaba en su propia inutilidad. Los primeros liberales lucharon por su destrucción, mirando en ella la fortaleza espiritual de las ideas tradicionales. En 1833 fue cerrada, más tarde volvió a abrirse, y por fin, con el Gobierno de Maximiliano, quedó definitivamente muerta.

El fragmento que reproducimos constituye un capítulo del curso "La Revolución Mexicana y sus Problemas", que viene sustentando el Lic. Manuel Moreno Sánchez, a través de la Radiodifusora Universitaria, los martes, jueves y sábados, a las 20.30 horas.

Desde entonces quedaron algunas escuelas aisladas. Ya para desintegrarse el régimen porfirista y por el esfuerzo de Justo Sierra, aquellas escuelas dispersas se unieron en la nueva Universidad Nacional.

La Guerra Europea, produjo una gran crisis en los círculos universitarios del mundo. Las universidades, más sensibles que otras instituciones para comprender la influencia e intervención del Estado, en los distintos aspectos de la vida moderna, se levantaron para exigir libertad, autonomía e independencia en sus regímenes interiores.

Esta reacción reflujo sobre América, cuyos países muchas veces han quedado sometidos a dictaduras de perfiles sombríos. En Cuba, en Argentina, en Perú, surgía la misma idea. Es claro que, como todas las ideas de este género, la de autonomía se empleaba, no sólo contra la ingerencia del Estado, sino como medio de oposición política. En muchos casos esto dió origen a luchas terribles entre universidades y gobiernos.

Entre nosotros, la lucha se realizó en la época en que el régimen revolucionario estaba en manos tiránicas. Los anhelos universitarios tenían perfiles de esperanza nacional, contra un caudillo que gobernaba en la sombra. Esta lucha condujo a lograr la autonomía administrativa primero, y más tarde, a la libertad ideológica, amenazada por el radicalismo tropical, verboso e ineficaz. Como en otros países, este centro de libertad, que es la Universidad, ha estado en México sometido, en ocasiones, a la influencia de las fuerzas reaccionarias. Se quiso significar con la autonomía la absoluta separación entre la Universidad y las clases renovadoras del país. Se reafirmaba así la creación de una nueva aristocracia de la cultura, exclusivista y ahistórica, aliada de las ideas conservadoras.

Ante esa situación, se impuso una reforma valiente; se llevó la autonomía a sus justos límites, pero sin renunciar a ella. Esto aconteció en 1935. La Universidad declaró ser una institución al servicio del país, pero decidida a conservar su autonomía y su libertad. Desde entonces se ha iniciado una reforma en la educación superior, que abarca, poco a poco, problemas de mayor significación y que es la base del cambio que ha de operarse, tarde o temprano. Comprende extremos visibles ya, en medio de los cuales se hallan campos vírgenes todavía. Organización del ejercicio profesional, renovación de los tipos de profesiones, reformas en los métodos de preparación y enseñanza, cumplimiento de deberes sociales inaplazables, y otras, son cuestiones que, aclaradas, formarán toda una jerarquía en la educación nacional que arranque de la escuela popular, ejidal, sindical, y llegue a la Universidad constituyendo la estructura cultural del país. A una Universidad, verdaderamente nacional, corresponde dar orientaciones. Por eso, al

sentar los fundamentos de su propia transformación, ha marcado las líneas certeras del porvenir educativo, líneas cuyas consecuencias no se quieren mirar como son, ni adivinar en el futuro de que están henchidas.

La posición actual de la Universidad es clara. Puede concretarse fácilmente el punto medular de su actitud. No se oponen la libertad de investigación y la obligación del servicio que debe prestarse a la colectividad y principalmente a las clases más necesitadas. Puede la Universidad colaborar en la realización de la obra revolucionaria, sin que por eso decline su autonomía frente al Estado. Las verdades puras han de seguirse buscando por los mil caminos que el destino ofrece a la mente humana; pero, entre tanto, la aplicación de la ciencia a las necesidades, puede y debe quedar constreñida, como siempre, al interés general. No se ha detenido la aplicación técnica de un principio, porque las bases últimas en que se apoya sean improbables o inciertas. Junto a la inquietud perpetua del espíritu, la limitación objetiva del deber social.

La época dramática de la lucha fue cuando quiso reducirse el problema universitario a sólo dos posiciones posibles: una, que deseaba dar como base a la Universidad nueva un dogma declarado, encarcelándole el espíritu, y otra, que deseaba encerrarla en su libertad, sin más finalidad que el aislamiento, atándole la acción.

La renovación universitaria constituye un aspecto fundamental en la política revolucionaria y educativa de México.